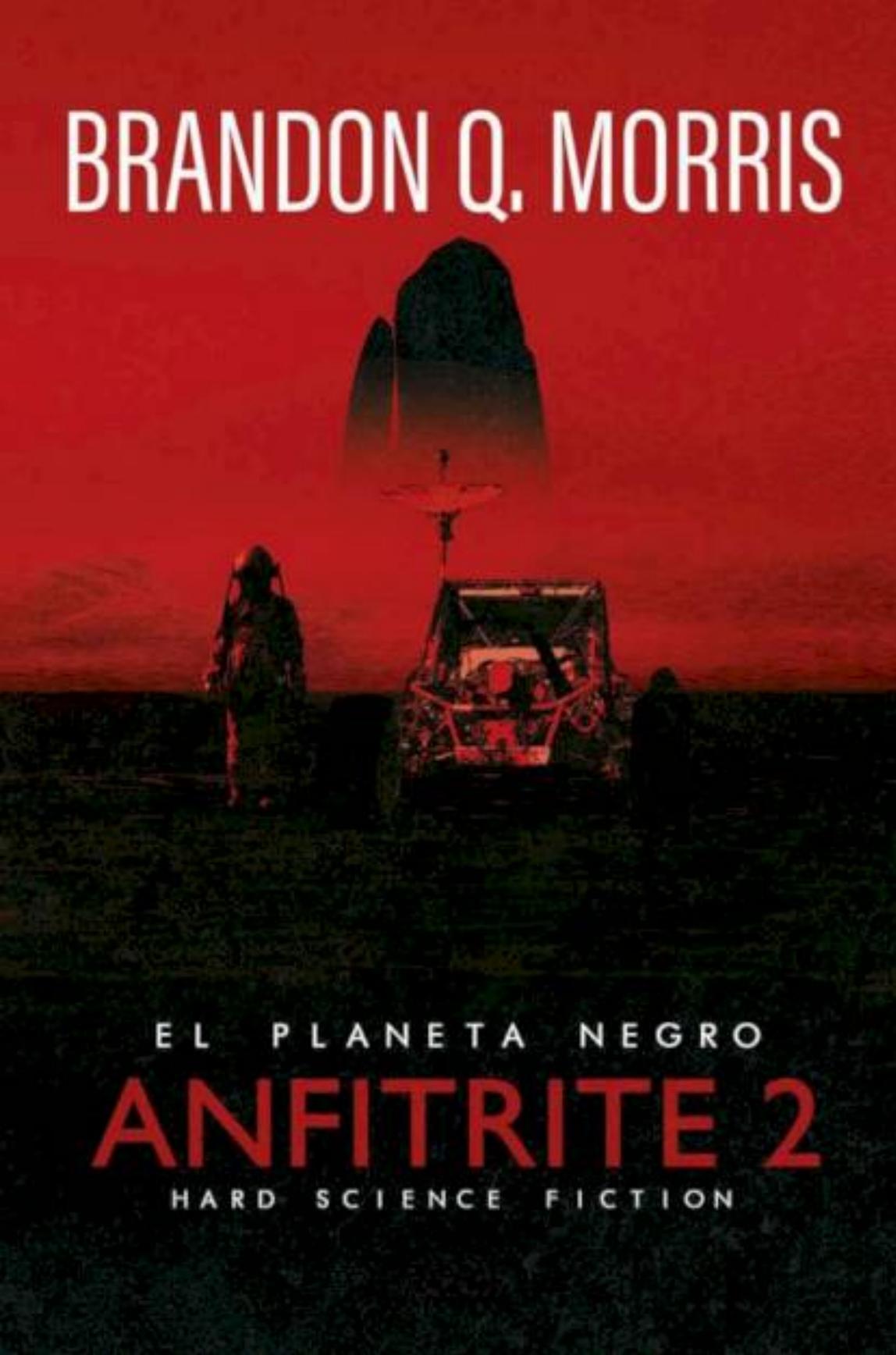


BRANDON Q. MORRIS

A science fiction scene set on a dark, desolate planet. The sky is a deep, vibrant red, suggesting a sunset or sunrise. In the center, a large, dark, jagged rock formation rises against the sky. In the foreground, a small, rugged rover with a solar panel on top is parked. To the left of the rover, a figure in a dark, full-body suit stands with their back to the camera, looking towards the horizon. The overall atmosphere is mysterious and futuristic.

EL PLANETA NEGRO

ANFITRITE 2

HARD SCIENCE FICTION

A pesar de todos los peligros que acechan en el Planeta negro, dos astronautas deciden explorar este cuerpo celeste recién descubierto. Durante la expedición, descubren indicios sobre su probable origen y su enorme antigüedad, pero también notan pronto que Anfitrite oculta un secreto de consecuencias inimaginables.

Mientras tanto, este antiquísimo recién llegado se acerca a la Tierra en su inusual trayectoria. El polvo negro que cubre su superficie despierta el interés de varias empresas que sueñan con sacar un beneficio espectacular a sus excepcionales características. Se inicia así una carrera hacia este planeta que, como pronto se verá, sería muy deseable que no se acercara a la humanidad.

15 de mayo de 2078, SS Reliable

El microasteroide impacta justo cuando se acaba de atar al asiento del retrete.

Doug percibe el siseo agudo de la atmósfera de la nave, escapándose por el orificio. Se asemeja al de una cobra justo antes de lanzar el mordisco y es una sensación que le llega hasta la médula. Las ganas fisiológicas de soltar lastre se le pasan de un segundo al otro. Seguramente sea uno de esos miedos, ancestrales e inconscientes, de cualquier astronauta a tener que apañárselas sin aire.

Pero no piensa permitírselo a su cuerpo. La nave ha aguantado estoicamente el impacto. Ni siquiera ha intentado una maniobra de evasión ni se escuchan las enervantes sirenas de emergencia. Ese cacho de asteroide debe ser tan pequeño, que no llega a representar peligro alguno. Cuanto menor es el diámetro del orificio, más agudo es el siseo; tal como le enseñaron en la academia. Las colisiones realmente peligrosas se te llevan, ¡zas!, fuera de la nave y no tardas ni doce segundos en palmarla.

Aún vive, así que puede concentrarse en sus necesidades matutinas. Empezará con un cruasán recién horneado, un café negro bien fuerte y, luego, a aliviarse. Su esfínter no está todavía muy convencido. Parece haberse escondido, atemorizado en una esquina, y Doug le guardará rencor por ello. La nave es un cilindro, de no-sé-cuántos metros de largo y con un diámetro al cuadrado por pi y un cuarto... Total, que tiene aire de sobras. Pasarán muchas horas, hasta

que por ese agujerito, más pequeño que su esfínter, haya salido todo el aire de la nave.

Mierda de siseo. Es que no ayudan ni las matemáticas. ¡Allí fuera tampoco hay un infierno, solo el vacío! Una diferencia de presión de un ridículo bar, lo mismo que si bajaras diez metros buceando. Pero su cuerpo le decepciona. Doug se desabrocha el cinturón. Quizá la culpable es la microgravedad. Lleva días acercándose a su destino sin propulsión. Esa misma noche se tomará una pastilla.

La consola de navegación empieza a pitar. La pantalla está tan negra como su café, pero una lucecita le avisa de que ha entrado un mensaje. Para Mary nada va lo suficientemente deprisa. Ya sabe que, por las mañanas, necesita algo más de tiempo. Que, con 64 tacos, uno ya no es el jovencito de antaño.

—Reliable, ahora deberías poder ver el objeto —dice Mary.

Doug amplía la imagen en pantalla. Nada. Todo negro. Aumenta el contraste. Sigue sin ver nada. El negro más negro que uno pueda imaginarse. Es como si mirara justo a través de las estrellas.

—Lo siento Mary, pero no puedo ver nada de nada —responde al final.

Entonces se reclina y cuenta los segundos. Veintiuno, veintidós, veintitrés. El mensaje necesita cinco segundos para llegar a la Luna, donde Mary está siguiendo la operación desde la central de su pequeña empresa de recuperación de pecios. La posición no debe ser la correcta. Ahí fuera no hay nada. Ese trozo de chatarra quizá se independizó hace muchos años ya.

Veintinueve, treinta. Sin respuesta de Mary. Se la imagina consultando todos los archivos hecha un saco de nervios. Espera que no haya caído en la trampa de un estafador. Sería el fin de su miniempresa. Los plazos de arrendamiento de la SS Reliable se llevan, de por sí, la mitad del

valor de mercado de esa chatarra de seis toneladas y media llamada JWST, que les han encargado recuperar.

—Reliable, he comprobado la posición —dice Mary, al fin.

Tras ella, algo más lejos, puede oír un maullido. Doug sonríe. Debe ser Kiska, su gata. Mary la llamó así, porque «Kiska», en su lengua materna, significa «gatita». Doug la llama así, porque le recuerda su querida nave anterior, la que tuvo que cambiar por un puñado de dólares tras los sucesos del 72 y con el que abrieron su nueva empresa.

—Estoy segura de que estás en el lugar correcto, Doug —dice Mary—. Mira bien a tu alrededor. Ese trasto está ahí en L2 y, según los últimos datos, tenía combustible suficiente para mantenerse en su posición.

Doug suspira. Ya ha mirado atentamente. La Tierra y el Sol están a su espalda. Por delante no tiene más que la negritud del espacio. Entonces se le ocurre una idea. ¡El medidor láser de distancias! Normalmente, lo utiliza para acoplarse a estaciones espaciales. Doug busca el botón y lo activa. Con la Reliable no se ha acoplado todavía a ninguna estación. Hace solo dos semanas que se hizo cargo de ella en la Lunar Gateway, tras haberse tenido que despedirse de la suya, la SS Victory, casi tan querida como la Kiska. El nombre mismo era ya un chiste, pero como antigua cápsula de Boeing había cumplido sus buenos servicios, hasta que el propulsor soltó su último estertor.

¿Dónde puñetas está el botón del láser? No deberían haber aceptado este encargo. Medio millón en ocho semanas, parece que su capacidad de raciocinio claudicó ante esas palabras.

LRF, Laser-Rangefinder. Ahí está. Doug aprieta el botón. En la parte inferior de la pantalla aparece un ocho tumbado. Mira instintivamente por el ojo de buey, como si pudiera ver un rayo láser verde cruzando el espacio. Pero, evidentemente, no se ve nada de nada. Doug agarra el *joystick* y lo mueve a la derecha, para que la nave gire un poco.

El rayo láser de la proa describe ahora un círculo. Doug regula un poco un mendo para que el círculo se expanda y luego se reduzca. Si hay algo ahí, debería reflejar el rayo láser.

El ocho tumbado parpadea. Aparecen brevemente unas cifras. Cuatro, en concreto. ¿La primera era un cinco o un ocho?

—Salvage Ship Reliable a base, creo que he encontrado algo, al fin —dice por radio.

Aunque podría tratarse de una interferencia. ¡Ya podrían haber invertido aquellos 45.000 yuanes en el puñetero radar! Pero la vendedora china en la Gateway quería cobrar en *bitcoins* anónimos y ninguno de sus conocidos había visto a esa mujer antes. No habrían sido los primeros en ser estafados con un juguete excesivamente caro. Desde que la Lunar Gateway se abrió al tráfico espacial privado, está llena de estafadores de poca monta.

Doug mueve un poco el *joystick*, pero el ocho durmiente se ha vuelto a estabilizar. Seguramente el primer número era un nueve. Con 9.000 kilómetros de distancia, hay que apuntar muy bien para poder acertar con un objeto de unos 14 por 21 metros de tamaño.

Un momento. La nave debe tener un protocolo electrónico de navegación. Hace quince años ya que es obligatorio, tras tanta piratería en el sector. Si sincroniza el protocolo con la breve aparición de las cuatro cifras, solo le hará falta... ¡Ahí está! Hace exactamente 82,44334 segundos que el láser alcanzó los sensores receptores de la nave. Doug anota la dirección exacta de la proa. A continuación, introduce el vector de dirección en el ordenador de navegación y acelera la nave.

Ahí fuera, tan lejos de la Tierra y del Sol, las fuerzas gravitacionales de ambos se neutralizan con la fuerza centrífuga de la rotación, por lo que la SS Reliable puede volar casi sin fuerza alguna. Tras un vuelo de 1,5 millones de kilómetros, más o menos, por el patio trasero de su mundo natal

ya no viene de un par de miles de kilómetros. Si tiene suerte, alcanzará el objetivo antes de que acabe el mes.

«Piip. Piip. Piip».

El ordenador traduce los impulsos láser a sonidos primitivos. ¡Ahí está! Va bien, ya no hay error posible. Medio millón de yuanes... ¿cuánto serán en dólares? Tiene que preguntárselo a Mary. A lo mejor pueden permitirse al fin una casa en Kentucky, donde algún día podrán vivir juntos.

—SS Reliable a base —dice Doug—. Estoy en rumbo al objeto. Seguramente podrás calcular con mayor precisión cuándo llegaré allí. Me voy a estirar un rato, ya que no hay nada más que hacer. Dale un beso en el morrito a Kiska de mi parte.

Doug adjunta las coordenadas del objetivo a su mensaje. Mary es mejor en *mates* que él. Por eso se ocupa de la parte de los negocios en su empresa conjunta, mientras él se limita a recuperar la chatarra. Doug echa el respaldo del asiento de comandante hacia atrás, coge la manta del suelo, se la echa por encima, se abrocha el cinturón y cierra los ojos.

El siseo sigue. Pero eso puede esperar. Ahora necesita una buena siesta.



Le despierta un horroroso quejido. La nave parece protestar en serio. ¡Alarma! El respaldo del asiento se coloca automáticamente en vertical. Apenas tiene tiempo de agarrarse a la pantalla para evitar romperse la crisma. El cinturón le apretuja los intestinos. La nave se inclina trazando una curva. Habrá activado automáticamente las toberas de corrección y parece esforzarse en poner los propulsores en dirección contraria para frenar con ellos.

En la pantalla se lee «Alarma de proximidad».

—Base a Reliable —se comunica Mary por la radio—. ¿Qué puñetas está pasando ahí? ¡Me llegan todo tipo de mensajes de actividad!

¡Ojalá lo supiera! La pantalla está empañada. Pasa la mano izquierda por encima mientras se sujeta con la derecha para contrarrestar el movimiento de giro de la nave. En la pantalla ve un rombo que brilla en un gris raro. No. Más bien es como una cometa, un rombo con dos lados más cortos y dos más largos. Gira lentamente, pero crece a toda velocidad. Ese objeto debe medir unos diez metros, o quizás quince, o veinte. Las toberas de corrección van muy lentas y la Reliable es demasiado rápida para evitar la colisión.

—A punto de colisionar con un objeto en forma de cometa. Si no recibes más noticias mías, quiero que sepas que te quiero, Mary. Dale a Kiska un...

Una fuerza increíble le lanza hacia la izquierda. El brazo con las células solares habrá chocado contra ese objeto. El asiento del capitán vuelca. No, no es el asiento, es la Reliable que ha empezado a dar trombos. La nave gira en su eje longitudinal y rota al mismo tiempo en el transversal. Es imposible compensarlo. Ojalá incorpore un sistema automático para emergencias. El Sol brilla a través de un ojo de buey y desaparece enseguida. Entonces pasa rápido frente a la ventanilla un plato gigante. ¡De cometa infantil nada de nada! El satélite que pretendían desmontar y vender se les ha adelantado y está desguazando la SS Reliable.

Reliable, fiable, ja. Un chiste desde el primer minuto. Pero la nave no tiene la culpa. El láser de búsqueda habrá detectado otro objeto y el JWST, el antiguo telescopio de la NASA, se le ha cruzado casualmente en el camino en su órbita alrededor del punto de Lagrange L2. ¿Qué habrá sido? Claro que lo habían investigado a fondo antes del despegue. Este punto de Lagrange es muy querido por los astrónomos, porque el Sol y la Tierra están en línea y se puede apantallar la radiación de calor de ambos objetos con

un único escudo. La Reliable habrá chocado con ese escudo.

—Reliable a base, ¿me recibes? —pregunta Doug por radio.

La rotación se hace más lenta y el movimiento de giro también se reduce. Parece que puede fiarse de la Reliable más de lo que pensaba. Si al menos Mary contestara... Doug vuelve a contar a partir de veintiuno, pero su mujer no responde ni al llegar a treinta ni al llegar a cuarenta. Vuelve a enviar el mensaje por radio, y luego otra vez más. No hay respuesta. Está solo.

Pero vivo. La cápsula se ha parado. Doug se suelta el cinturón hasta que nota la ingravidez. Entonces se lo abrocha de nuevo, pues no se fía de esta. En su primer vuelo a la Luna le pilló una maniobra de corrección que le estampó contra el suelo como a una mosca. Se paso luego dos meses en el, por aquel entonces, aún primitivo hospital lunar.

—Reliable a base, ¿me oyes? Unas palabras reconfortantes me vendrían muy bien.

Toca la pantalla y se desplaza por los informes del sistema. La cápsula está sellada, eso es bueno. La batería de células solares de la izquierda ha asumido toda la alimentación eléctrica. Su rendimiento es más que suficiente. Los paneles solares de la derecha parece que han sido arrancados por la colisión. Hay cosas peores. El problema es, ante todo, el estado del propulsor, que ni siquiera está ya en situación de emitir un informe de estado. Será lo primero de lo que deberá ocuparse. Los tanques de combustible parecen estar aún llenos.

«Espacio, Doug, que perder los nervios es lo último que necesitas en esta situación. ¿Qué será lo siguiente que pueda matarte? ¿Las reservas de oxígeno? Controla los niveles». Todo está generosamente calculado para poder desmontar el objeto y regresar a la Luna, llevándoselo consigo a remolque de la Reliable. Así que tiene, al menos, un par de días para reparar el propulsor. ¿Podría llevarse de

paso el JWST? «No exageremos ahora, Doug», piensa para sí. Se desabrocha el cinturón y flota hasta el techo, donde sigue percibiendo ese silbido. Saca una cinta americana de la bolsa de herramientas y pega dos trozos, en forma de cruz, encima. Luego, se monta en la bicicleta estática y comienza con los ejercicios previos a una salida extravehicular.



Doug saca su torso fuera de la esclusa, que no es mucho más grande que su propia sección. Ilumina con el foco en todas direcciones. Mierda. El cristal del casco se le ha empañado de nuevo. ¡Y eso que le rogó a Mary que protestara al fabricante! Pulsa un botón en su muñeca izquierda. La ventilación sopla más fuerte. Con la barbilla desplaza el extremo de la manguerita de forma que el aire, filtrado y seco, sople contra el cristal. Se desempaña casi de inmediato.

Entonces su mirada recae en el propulsor o en lo que queda de él. ¡Ojalá se hubiera empañado el cristal de nuevo! Suda, pero eso no le ayuda en nada. Ha solucionado el problema demasiado bien. Sin embargo, el propulsor, de ello no le cabe la menor duda, no va a poder repararlo.

Esto será su ruina. Mary tenía toda su ilusión puesta en un jardincito propio, donde plantar flores y verduras. Han pasado la mayor parte de su vida como nómadas por el espacio. Tras haber eliminado del universo aquel agujero negro en el 72, junto con Watson, prefirieron cambiarse el apellido para poder continuar con su propia vida en tranquilidad. María pasó a llamarse Mary. Doug no quiso renunciar a su nombre de pila. «Nadie se llama voluntariamente Swartzenberg», dijo. «Bastará para pasar desapercibidos».

La pequeña oficina en la Luna fue su primer hogar. Luego, a saber cómo y por qué, a Mary se le ocurrió lo de Kentucky. No habían estado allí jamás. La propiedad, un pe-

queño rancho, con casita de madera incluida, la había comprado un conocido para ellos.

Su segundo pensamiento se centra en su propio destino. Sin propulsor, se quedará allí colgado. Tiene oxígeno para 80 días, pero ¿cómo lograría Mary organizar una misión de rescate? Ni siquiera pudieran permitirse el contratar un seguro. Su cuenta está casi en números rojos. Ese encargo les habría salvado, pero ahora supondrá su final.

Mary moverá todas las palancas y tocará todas las teclas para sacarlo de aquí. El coste que ello suponga no la asustará. Hasta estaría dispuesta a vender un riñón en el mercado negro. Su casa de Kentucky no es lo bastante valiosa como para usarla como garantía para una misión de rescate. Pero un riñón sano puede valer una fortuna en una sociedad irremediabilmente envejecida.

Tiene que convencer a Mary de que no lo haga. Doug se pone nervioso. No quiere que le salve, no bajo esas condiciones. El encargo también está perdido. Su salvador se lo quedaría para sí, evidentemente.

Se toca la espalda para cerciorarse de que no ha olvidado ponerse el SAFER. Sí, lleva la mochila de toberas fijada a la espalda. El objeto puede verse tan bien, que le extraña el hecho de que las cámaras no lo detectaran antes. Tal vez se deba a la dirección de vuelo. Ahora, el telescopio que antaño fue el más caro de la humanidad, gira lentamente sobre su eje. Parece haberse estabilizado como la SS Reliabile. ¿Por qué no utilizar al telescopio James-Webb para regresar? Tiene que haber llegado de alguna forma. Pero entonces se acuerda. Los cohetes con los que puede corregir su posición cambian la ubicación del telescopio durante toda su vida útil como máximo 150 metros. Francamente, no da para los 1,5 millones de kilómetros que hay hasta la Tierra.

Doug sale del todo de la esclusa. Se da un empujón y grita. Es la sensación de caída libre la que le hace gritar. No puede evitarlo. Aún no ha conocido a nadie que no reac-

cione así ante esa experiencia. Piensa brevemente en cambiar su ruta. ¿Y si no se desplaza ahora hasta el JWST? Con pulsar un botón, el SAFER le llevaría en dirección al Sol. Al cabo de ocho a diez horas, se le acabaría el oxígeno y nunca más tendría ese problema, ni ningún otro.

Pero sería injusto. Mary no sabe nada, así que organizaría un rescate carísimo. Sería la peor solución posible. A la pobre Mary no le quedaría más remedio que salir, con su traje espacial, a dar un paseo de solo ida por la desértica Luna. No sería la primera vez. Él mismo lo había visto. A unos 500 metros de la base del polo sur, parecían congelados en sus trajes espaciales. Algunos todavía estaban de pie, otros se tumbaron a la espera de morir. La administración dejaba a los muertos donde estaban, probablemente por piedad. Pero se trataba de unas pobres almas. No valía la pena recuperarlos. Le preguntó una vez a Mary por qué no iba alguien a recuperar, al menos, los trajes espaciales, para venderlos en el mercado negro. Seguro que conseguían unos dólares, ¿no?

—Son invendibles —aseguró Mary—. Es por el olor. Dentro, ya no hay suficiente oxígeno para respirar, pero sí para que los microorganismos hayan descompuesto los cuerpos hasta cierto punto.

—¿Cómo lo sabes?

Mary no es ni médico ni microbióloga.

—Experiencia práctica —respondió y le miró de aquella forma que evitaba que siguiera preguntando.



El telescopio espacial es inmenso. Maneja el SAFER de forma que le lleva hasta el extremo del triángulo más pequeño, es decir, a la cabeza de la cometa. Frena justo antes de chocar, pero aún va demasiado rápido y su mano derecha atraviesa la piel exterior de ese escudo en forma de cometa

como si fuera simple papel. Por supuesto, no es papel, sino un recubrimiento plástico muy delgado de un material llamado captón, más fino aún que el papel y recubierto de aluminio. Doblar esa gigantesca estructura habrá sido una labor de dura artesanía, para hacerla caber en un cohete de los años veinte. Ya no recuerda su despegue, pero el telescopio James-Webb ha aportado descubrimientos, casi cada mes, hasta bien entrados los años 30 de ese siglo.

Y ahora lo tiene que desmontar. Debería haberlo desmontado, mejor dicho, porque ya no va a poder hacerlo. Desde lejos, ha podido ver que la sonda está intacta. ¿Cómo habrá conseguido Mary ese encargo? A los astrónomos no les gusta abandonar un instrumento que todavía funciona. Quizá ya no llegaba el dinero para financiar la investigación. Pero, incluso así, se puede esperar a tiempos mejores.

Sobre todo, cuando se va a sacar ahora apenas medio millón de un instrumento que costó miles de millones. Para Mary y él es una suma brutal, claro, pero en la investigación espacial, estas cantidades no son más que calderilla. Doug suspira. Deseaba tanto que Mary pudiera vivir en su casita... Y Kiska, la gatita, al fin podría tener un lugar para co-retear de verdad, en lugar de medio flotar por las cuevas de la base lunar en busca de ratones.

Da la vuelta para pasar al otro lado de la cometa y se queda boquiabierto. El espejo cuelga sobre él como una casa de tres pisos que navega, a vela, por el espacio sobre una cáscara de nuez. El velamen está siempre dirigido hacia la oscuridad del espacio, apartando la mirada de la Tierra y el Sol, pues el colector de luz solar de 27 metros cuadrados tiene que recolectar, sobre todo, protones en el espectro infrarrojo. Doug trepa sobre la delgada base. Debe ir con cuidado. Se mueve sobre un lago cubierto de una delgada capa de hielo que sería mejor no romper. Si no, ese valioso instrumento podría resultar dañado.

Mary recibió instrucciones precisas para ese encargo. El espejo de seis metros y medio de diámetro consta de 18

elementos hexagonales. Tiene que desmontarlos y envolverlos, uno a uno, en fundas especiales. Solo les darán el medio millón cuando entreguen todas las piezas en perfecto estado. Aunque, ahora, ya da lo mismo. Adiós negocio. Podría llevarse un trozo del espejo como recuerdo. Pero tiene demasiado respeto por el trabajo de los especialistas que, hace más de sesenta años, montaron esa obra de arte.

Ahora necesitaría una interfaz donde conectar su radio. Tiene que hablar con Mary. No debe enviar ninguna misión de rescate. Ha sido un fatal despiste no haber hablado nunca sobre cómo conectar su módulo de radio. Tendrá que rebuscar por la sonda, con la esperanza de reconocer lo que busca. ¿Cuánto habrá avanzado la tecnología en los últimos 60 años?

Doug se desplaza lentamente por la superficie, con la mirada siempre puesta en el espejo. ¿Qué maravillas habrá visto ese ojo brillante? En el espectro infrarrojo está el pasado del universo. Cuanto más escondido en la distancia está un suceso, más se desplaza su luz irradiada al espectro infrarrojo. El JWST debe haber sido testigo de cómo se fusionaron las primeras galaxias en cúmulos, cómo se encendieron quásares y cómo explotaron estrellas, distribuyendo por el universo las primeras semillas de elementos pesados, mucho antes de que siquiera se pensara en el nacimiento del sistema solar.

Ha alcanzado el espejo. Doug se desplaza con la mano derecha, apartándose un poco del suelo para ponerse de pie. La luz de su casco se refleja en cada uno de los 18 hexágonos, ensamblados entre sí a la perfección. Apaga el foco y todo se sumerge en la oscuridad. El escudo impide el paso de cualquier tipo de luz. Podría muy bien no existir. Activa la linterna de mano y la sujeta de forma que la luz recaiga sobre él. Frente al espejo, ve un tonel blanco. La forma cóncava deforma su reflejo. Saluda con la izquierda y, de golpe, siente una gran soledad entre los omóplatos. Siempre le ha gustado viajar sin compañía en una nave, pe-

ro nunca llegó a sentirse solo. Ahora es distinto. Le falta el cordón umbilical, la conexión por radio, con Mary al otro lado oyendo pacientemente sus relatos sobre los avatares más recientes de su nave Reliable. Le saltan las lágrimas. Se pone la mano izquierda en el cuello metálico que fija el casco. Algo parece ir mal con el generador de aire.

«Tranquilo, Doug. Hay problema. La interfaz». Presiona brevemente la palanca del SAFER y se eleva. A dos metros por encima del espejo se detiene de nuevo. Se inclina hacia delante y se acerca, de nuevo, a la sonda. Pero allí no hay nada que se parezca ni de lejos a una conexión eléctrica.

Claro. Se golpea el casco con la mano. Los ingenieros se han esforzado al máximo en proteger todo el instrumental sensible. Y eso se aplica también a la electrónica con la que cuenta a bordo. Los circuitos se calientan cuando funcionan. El bus de conexión a la electrónica debe estar al otro lado. Debería haberse informado mejor sobre el JWST antes de salir de la Reliable.

Con una elegante curva, se desplaza alrededor del telescopio especial para llegar al otro lado. Saca entonces la linterna. Con el foco de luz busca a lo largo de todo el escudo solar hasta encontrar las células solares. Ahora solo queda seguir su pista. De las células solares fluye energía al bus, que se distribuye en distintos subsistemas. Los cables acaban justo detrás de la fijación de las células solares, en un módulo en forma de cubo. Allí debe estar el ordenador de a bordo y las demás cosas que los ingenieros necesitan para hacer funcionar el telescopio.

Se acerca y toca el cubo. Cree notar vibraciones incluso a través de los guantes. La sonda sigue viva. Sería una pena desguazarla. ¿A quién se le ocurrirán esas ideas? Inspecciona el módulo con atención. ¡Allí! En un lado, hay varios conectores anchos que llevan hacia dentro. Sigue los cables que salen de allí. El primero lleva a un pequeño propulsor.